

con el Papa y la Iglesia, somos invencibles (1).

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 18 de Noviembre 1874.)

El Padre Santo ha dirigido el siguiente Breve á Monseñor el obispo de Montpellier:

Pio P. P. IX.

Venerable hermano, salud y bendición apostólica.

Lo que nos decís en vuestra carta, fechada el 17 de este mes, al saber por la lectura de los periódicos, la orden de retirarse, comunicada al buque francés que se hallaba estacionado en las aguas de Civitavecchia, nos ha permitido apreciar vuestras perfectas disposiciones por lo que mira á Nos, y vuestro celo por la causa de la Sede apostólica. Es para Nos un motivo irresistible para proclamar, con entera benevolencia y afecto, vuestro amor y vuestro afecto fraternal hacia Nos.

En cuanto á lo que Nos decís, no debéis ignorar, venerable hermano, que cuanto más nos falten los socorros humanos, más nuestra esperanza se eleva hacia Dios, en cuya potestad todas las criaturas están colo-

(1) Aceptamos, de todo punto; todas las ideas consignadas, en el artículo anterior; por el, hoy día; *célebre*, M. Juan Esteban de Camille; y lo firmáramos, con nuestra sangre: dispuestos á los mismos sacrificios que él, si estuviere de Dios!

N.

(Barcelona, 1.º de Diciembre 1874.)

cadás, y que, habiendo prometido estar con su Iglesia, hasta la consumacion de los siglos, no consentirá, que su proteccion nos falte en las grandes pruebas por que atravesamos.

Que nuestra confianza en Dios, venerable hermano, sea pues siempre inquebrantable; porque Dios no permite que aquellos, que esperan en él, queden confundidos. Pidámosle con fervor, que dé á todos los espíritus la luz y la gracia, á fin de que todos, en medio de las densas tinieblas, que nos rodean, puedan conocer lo que es justo, y tengan la fuerza y valor de cumplirlo.

Nos recibimos, con un sentimiento afectuoso y particular á vuestra consideracion, ese sincero homenaje, que nos habeis expresado en términos tan satisfactorios, en nombre de vuestro clero y de vuestros fieles; y, á nuestra vez, os expresamos nuestro vivísimo reconocimiento por la atencion que habeis puesto en procurarnos este consuelo. Rogamos al Dios Omnipotente derrame con efusion, sobre vos, y todo vuestro rebaño, las riquezas de su bondad, y anhelamos que la bendicion apostólica, que á vos, venerable hermano, á todo vuestro clero, á vuestros fieles, enviamos, os sea prenda de nuestro tierno cariño.

Dado en Roma, en San Pedro, el 31 de Octubre de 1874, el año veinte y nueve de nuestro pontificado.

Pio P. P. IX.

(*Journal de Florence*, 20 de Noviembre 1874.)

## MEETING CATÓLICO EN LONDRES

### DISCURSO DE MONSEÑOR NARDI

#### SOBRE LA SITUACION DE LA IGLESIA.

Hace algunos días, un Prelado romano, muy conocido por su afecto á la Santa Sede, monseñor Nardi, pronunció en Liverpool, en una numerosísima Asamblea católica, el siguiente notabilísimo discurso, acerca de la situacion general de la Iglesia. Es una magnífica oracion, que merece, por cierto, toda la atencion de los fieles, e insertamos á continuacion.

No puedo disimular mi turbacion, como extranjero, al dirigirme á una Asamblea tan respetable; pero es imposible declinar la invitacion de vuestro venerable y querido Prelado, y rehusar la honra de hablar á los devotos, á los piadosos, á los celosos católicos de Liverpool.

Dije, que era extranjero, y no es exacto. Un sacerdote, que tiene el privilegio de permanecer al lado del Padre Santo, no es extranjero para vosotros, queridos católicos de Liverpool. Por mas que su residencia esté lejos, y que su lengua difiera de todo punto de la vuestra, un Prelado romano no es extranjero aquí. Todos somos miembros de una sola familia, hijos todos del mismo Padre, que está en los cielos, y de un mismo Padre en la tierra, nuestro amado, nuestro santo Pontífice Pio IX.

Le he dejado, hace tan poco, que desearé, sin duda, os hable ante todo, de él: así será. Pero permitid, que antes os dirija al-

gunas palabras sobre la situacion de la Iglesia católica, centro de nuestro amor y de nuestra esperanza.

Nuestra Iglesia, bien lo sabeis, queridos hermanos; está cruelmente perseguida en gran numero de Estados de Europa y de América del Sur. Inútil es que me empeñe en probarlo, cuando los hechos son conocidos de todo el mundo. No os digo, que en Rusia y en Polonia, obispos eminentes y muchos sacerdotes venerables, han sido desterrados á la frontera asiática, y que clérigos infieles han sido colocados en su lugar; que legos dignísimos son tambien vejados, y que infelices campesinos han sido fusilados, sin que se les pueda echar en cara otro delito, que su resistencia á abandonar nuestra fe.

En Prusia, cinco heroicos Obispos, y 1081 sacerdotes gimen en las cárceles, y están condenados á pagar exorbitantes multas; y no se cuentan personas de ambos sexos, pertenecientes á las clases acomodadas, expian de diferentes maneras su firmeza y amor á la Religion: empleados á quienes se ha declarado cesantes en sus destinos, han sido enviados á las fronteras; y, por último, multitud de iglesias, ó han sido cerradas, ó arrebatadas á la jurisdiccion católica.

En Suiza, en otro tiempo, el pais de la libertad, vemos á un Obispo en el destierro, despojado otro de su legitima Sede, y 90 párrocos obligados á huir de sus casas y de su patria. Los pobres católicos son despoja-

dos de sus iglesias, de sus piadosas instituciones: impones el Gobierno miserables apostatas, y esto, menospreciando las leyes divinas y humanas, menospreciando la Constitución helvética y la voluntad del pueblo, expresada del modo más evidente.

En Polonia y Alemania, los sacerdotes y los Prelados, á quienes se ha mandado escoger, entre la apostasia, ó exponerse á ser castigados como criminales, no han vacilado un solo momento: desfilero, prisiones, enfermedades, pérdida de sus temporalidades, nada les ha podido hacer vacilar.

Duro es sufrir injustamente, y más aún, sufrir por sus mismos compatriotas. Sin embargo, cuando se atraviesa Alemania, como yo acabo de hacerlo, apenas se oye una sola queja personal, aunque todos deploran esta azar ó inícia persecución. El único pesar que tienen nuestros hermanos de Alemania, lo único que les acongoja, es el temor, de que si la persecución continúa, puedan la prensa impía y las escuelas impías pervertir las generaciones venideras.

¿Pero Dios no lo permitirá! En todo caso, los antepasados de los católicos ingleses é irlandeses, aquellos que conservaron su fé á través de los siglos de persecución, les darán un glorioso ejemplo de lo que puede una viórgora y cristiana perseverancia.

No hablaré de Italia. Sería muy sensible exponer todas las injusticias, todos los crímenes, que se han cometido en ella, contra todas las leyes divinas y los derechos humanos, contra la Iglesia y la Santa Sede, despojada sin sombra de razón de sus antiguas y legítimas posesiones. Lo sabéis, y sabéis que allí no se cesa de confiscar nuestros bienes y de insultar nuestra Religión.

¿Y en qué se funda esta terrible persecución? ¿Hay en nuestra fé, hay en nuestros principios católicos algo peligroso, que se oponga á la prosperidad del Estado, ó á su seguridad y á su plena independencia? Sé, que se formulan cargos de esta especie, pero es una añeja calumnia de los antiguos paganos, repetida por los paganos modernos, que no valen más que sus antecesores. Los apologistas cristianos pidieron mil veces á sus adversarios, que presentasen la prueba de este temerario aserto, porque el acusador debe presentar prueba de su acusación; pero todo fué en vano.

Los grandes oradores católicos del Parlamento prusiano, pidieron al partido opuesto,

que mostrase un solo caso, no ya de traición, de sedición ó de conspiración, sino aun de desobediencia á las leyes civiles de Prusia, por parte de los Obispos, de los sacerdotes, ó de las Ordenes religiosas; y no se les contestó sino con burlescos insultos.

Nunca católicos ninguno mostraron su amor á la patria con más ardor y firmeza, que lo hicieron los católicos alemanes. En la última y espantosa guerra vieron á torrentes su sangre en los campos de batalla de Francia; estuvieron en el puesto de honor, y se encontraron á menudo en primera fila. Los crímenes ó las faltas de los católicos alemanes y la falta de patriotismo, no son, pues, la causa de la persecución actual; ella procede de otra causa, es el resultado de la impiedad, extendiéndose por todas partes, y envalentona por esos mismos Gobiernos, cuyo verdadero deber era proteger la fé, y defender la Religión.

No es esta impiedad una opinión filosófica pacífica, que deja á los hombres en libertad de creer ó de no creer; no es un odio violento á toda creencia cristiana positiva; y como en el mundo cristiano apenas subsiste, fuera de la Iglesia católica, un solo artículo de fé, nos vemos obligados á presenciar una guerra perpetua y encarnizada contra esta misma Iglesia, contra sus principios, sus leyes, sus ministros, sus Pastores, y sobre todo, contra el Padre supremo, contra el Pontífice Romano.

Pero ¿debemos atemorizarnos de esta conspiración contra la Iglesia? ¡No, ciertamente, no! y por diversas razones. Tenemos las promesas divinas, la historia de la Iglesia, su condición presente, y algunos signos evidentes de la protección divina.

Las promesas divinas son inmutables. «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; he aquí una verdad eterna: Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos; es una promesa inmortal. ¿Cómo ha de poder engañarse la Iglesia católica, cuando Jesucristo está siempre con ella. El, el camino, la verdad, la vida? Y tenemos la historia de la Iglesia, de la Iglesia, siempre más ó menos perseguida. «Si se me persigue, también seréis perseguidos.» Esta sentencia debía cumplirse. La horrible persecución de los emperadores romanos duró trescientos años. Vinieron después las herejías; los arrianos niegan la divinidad de Jesucristo, piedra fundamental de toda la fé

cristiana: los macedonios niegan la divinidad del Espíritu santo; los nestorianos niegan la unidad personal en Jesucristo, destruyendo así el gran misterio de la Encarnación; los monoteístas niegan la distinción de las dos voluntades en nuestro Salvador; los iconoclastas oponense á la veneración de las sagradas imágenes.

Durante más de trescientos años, Oriente fué cuna de las herejías patrocinadas, casi todas, por los emperadores bizantinos: el orgullo, y la obstinación de los griegos les condujeron, al fin, á un fatal cisma. Al mismo tiempo, el Occidente era presa de las invasiones de los bárbaros: godos, hunos, vándalos, lombardos, todos, ó paganos ó arrianos, se precipitaron á aniquilar los más florecientes territorios de la Iglesia cristiana. Muchos emperadores de Alemania, y algunos reyes de Francia continuán, en la Edad Media, la obra de la destrucción; y por más que se dijeren católicos, no dejaron de combatir á la Iglesia, madre de toda civilización, y base de sus tronos.

Tuvo lugar la llamada reforma que no fué otra cosa sino una rebelión del orgullo humano, contra Dios y su Iglesia, un predominio de las pasiones mundanas, aún las más viles; naciones enteras se alejaron de la Madre comun, de la libertad, de la independencia de que Dios les había dotado, sometiéndose, en materia de fé y de conciencia, al poder arbitrario y variable de los hombres. Este glorioso país, llamado, en otro tiempo, Isla de los Santos, desde donde la luz de la fé se esparció por Alemania y gran parte de Europa occidental, se separó también del comun rebaño. ¡Oh! ¡Desgraciado el día, en que esta ilustre nación cesó de pertenecer á la familia católica, para recibir las leyes espirituales de la justicia, no ya de la Iglesia de Dios, y de sus Pastores supremos por El nombrados, sino de hombres incompetentes, y, con frecuencia, inicuos! ¡Maldito sea tal día, y reemplacémosle otro!

Sin embargo, comienza á brillar para este querido país la esperanza de un día más grato. No me engaño; cada vez se aproxima más á la Iglesia. El sentimiento religioso, aun entre nuestros hermanos separados, combate bizarramente al viejo racionalismo, y al despotismo de la legislación civil en materia de fé. Gran número de personajes distinguidos de elevada posición, han abandonado ya el ruinoso edificio levantado por

Enrique, Isabel y Cronwell, para ingresar en el alzado por Jesucristo sobre la roca de San Pedro. La vuelta de Inglaterra al Catholicismo es un ferviente deseo, una halagadísima esperanza, que abriga el corazón de los católicos del universo entero.

No es solamente en Inglaterra, sino que en otros Estados también aumentan las señales favorables á nuestra Iglesia. Mientras con mayor injusticia y crueldad persiguen sus enemigos, más fervorosos tornáense los fieles. Nunca se han visto en los tiempos modernos tantas muestras de piedad y de generosidad; nunca ha sido tan firme y tan íntima la unión, entre el clero y los obispos, entre los obispos y el Pastor supremo. En Polonia, en Alemania, en Italia, en Suiza, en todas partes donde la Iglesia padece, los fieles llenan la Casa de Dios, rodean la sagrada Mesa, y rugan con el ardor de los primeros cristianos.

En presencia de tan conmovedores espectáculos, me pregunto, si nuestras largas pruebas no son un favor de la Providencia. En cierta ocasión, retirado en el convento de los Padres Capuchinos de Venecia, pregunté á uno de ellos, hombre de vasto saber, y que gozaba de gran consideración: ¿Cómo es que el Todopoderoso, dueño del Universo, permite que su Iglesia esté tan perseguida y ofendida, en lugar de hacerla triunfar de sus enemigos?—¿Cuál es, me respondió aquel santo varón, el fin último de la creación, y de la Encarnación? Ningun otro más que el de la salvación de las almas. Ahora bien; si en épocas de sufrimientos y de persecuciones violentas, se salvan más almas, el fin, el fin último de toda la economía divina, está cumplido.—Veinte y cinco años han transcurrido desde entonces, y tengo presente tan bella reflexión.

Pero, aparte del acrecentamiento de fervor entre los católicos de todos los países, tenemos otra prueba de la protección divina, y esta prueba se refiere al Pontífice reinante, ó nuestro Padre. Los enemigos de la Iglesia anhelan dos cosas: verle desaparecer, ó comprometerle con la revolución. Una y otra cosa están distantes. El Padre Santo, tengo gran satisfacción en poder asegurarlo, goza de perfecta salud; Dios le ha preservado de una manera maravillosa; y á pesar de sus ochenta y tres años, su claro y lúcido espíritu, su prodigiosa memoria, su noble corazón, no se han debilitado,

Teneis la prueba de lo que afirmo, en esos profundos y elocuentes discursos, que con tanta frecuencia pronuncia, y que tan gran bien reportan á los fieles de Roma y del mundo entero. No hay que ocultarlo; los frecuentes ejemplos de una despreciable impiedad, los diarios escándalos, el estado cada vez más deplorable de las iglesias, la expoliación del sagrado Patrimonio de las basílicas, donativo de diez y seis siglos cristianos; la presión de las Ordenes religiosas, el desbordamiento de una prensa sacrilega, las escuelas anti-religiosas, y las calamidades que afligen á su querido pueblo, son mucho más dolorosas para su corazón, que las injurias personales; pero su fe admirable, su perfecto abandono en manos de Dios, su tierna piedad, su confianza en la santísima Virgen, le sostienen, y Dios ha hendeido su preciosa salud.

Las esperanzas de los enemigos de Dios están defraudadas. Ellos querían, que el Papa entrase en el camino de las negociaciones. Dicen, que todo iría mejor, si quisiera tan solo convertirse con el Gobierno actual de Roma, ceder sus derechos, dejarse ver en las calles de la capital, y aceptar una indemnización. Y yo digo, que es imposible que haga esto un hombre que tenga conciencia. ¿Cómo podría renunciar derechos que pertenecen, no á su persona, sino á su cargo, derechos que le han sido confiados, no para su provecho, sino en provecho de los fieles, derechos que ha jurado transmitir integros á sus sucesores?

Una palabra acerca del Vaticano. Los periódicos, que se dicen liberales—y con dolor lo digo—entre ellos, algunos de este país, consideran como mero acto de obstinación la resolución, por la cual el Padre Santo se ha impuesto no salir del Vaticano, desde la invasión de 1870. Sostienen, que era completamente libre para hacerlo, si quisiera. Los escritores que así se expresan, no conocen el verdadero estado de las cosas. ¿Puede salir Su Santidad para ver los conventos cambiados en oficinas ó en almacenes, y aún en cuadras, su propio palacio transformado en una residencia real, caricaturas impías exhibidas en las plazas públicas, y los nombres históricos, y muchos venerables, de las calles, reemplazados por nombres revolucionarios?

Aparte de lo que acabo de exponer, un incidente acaecido este año, muestra la im-

posibilidad en que se halla el Padre Santo de salir del Vaticano. Como en una tarde del último mes de Junio, estuviese próximo á una ventana abierta, su fiel pueblo le aclamó con entusiasmo. Entre la multitud de romanos, había algunos extranjeros, y entre estos extranjeros, compatriotas vuestros. El Gobierno ordenó numerosas detenciones, las cuales fueron seguidas de prisiones en diferentes puntos. Para los que conocen la situación, la firme voluntad del Padre Santo, de no salir fuera del Vaticano, no es un capricho, antes bien es un deber moral y una evidente necesidad.

Con respecto á la indemnización, ¿estaría bien, sería honroso para el Jefe de la Iglesia católica, recibir salario alguno del Rey de Italia? ¿Puede aquel, acaso, vender el patrimonio, que la Iglesia Romana tiene por la generosidad de tantas generaciones de fieles, á fin de conservar la libertad y la independencia exterior de su dignidad suprema? ¡No! ¡Jamás! Yo le he oído, en este asunto, repetir estas palabras de San Pedro á Simon: «Guarda tu dinero, y que perezca contigo.» Manifestábase una persona temerosa de que fallasen los medios de subsistencia á él y á los cardenales, y el Papa respondió: «Confío en Dios.»

Esta confianza no ha sido vana; y una experiencia, ya larga, prueba, con cuán profundo afecto acuden los hijos á su Padre.

Los generosos católicos de Inglaterra, no son ciertamente los que se dejan aventajar en punto á sacrificios. A pesar de que muchos de ellos son pobres, saben dar sus ahorros al Dinero de San Pedro. Sostienen á vuestros nobles obispos, vuestro celoso y altamente estimable Clero, vuestras florecientes escuelas, vuestras piadosas instituciones, sabéis también acudir en socorro de la gloriosa pobreza del Vicario de Jesucristo, y tengo gran satisfacción en expresar nuestros sentimientos de admiración y reconocimiento.

Perseverad, queridos fieles católicos, en vuestro glorioso amor hacia nuestra santa Iglesia, y nuestro santo Pontífice. Continuad rogando por nuestro Padre común. Enseñad, padres, su nombre á vuestros hijos, enseñadles á rogar por él á fin de que Dios oiga sus inocentes oraciones, y ponga término á sus sufrimientos, que son los sufrimientos de toda la Iglesia. Aunque separados por la distancia, de igual modo, que esperamos

encontrarnos un día todos en el cielo, estemos unidos por una misma fe, por una misma esperanza, en un solo amor. Roguemos con firme confianza á Aquel que ha dicho: «Pedid, y recibiréis; buscad, y encontrareis; llamaad, y se os abrirá.» Será fiel á su inmortal promesa. Descienda sobre vosotros su bendición, queridos hermanos, sobre vuestras familias, y vuestros amigos, y podáis verle por toda la eternidad.

(*Journal historique et littéraire—Revue Générale—Setiembre 1874.*)

## EL SIGNO DEL TIEMPO EN QUE VIVIMOS.

Vienen suavizando esta temporada las amarguras de los católicos, y exacerbando la irritabilidad natural del racionalismo europeo una serie de conversiones importantes, que no es posible ya considerar como un hecho aislado, sino, que necesariamente tiene que mirarse, como un fenómeno característico de los atribulados días que atravesamos, como una de esas señales puestas por la Providencia en el camino de la vida, para iluminar mañana á nuestros nietos, cuando quierán escribir la historia, que tan propiamente designa el obispo de Orleans, al llamarlos, *signos del tiempo en que vivimos*.

La reciente abjuración de la reina de Baviera, nos sugiere estas reflexiones; abjuración, que, realizada en el centro de esa Alemania, ántes, tan sensata y prudente, y hoy, enloquecida por el viento de una persecución, que, además de ser un crimen religioso, es una grave falta política, tiene una significación y un alcance, que no necesitamos encajear. No extrañamos, pues, que al recibir tan consoladora nueva, exclamase Pio IX: «Dios mio, no es vuestro Vicario digno de tan alta merced!»

Una princesa prusiana, que vive en Munich, eje y corazón del movimiento ridículo, que ha dado en llamarse de *los viejos católicos*, y residencia del doctor Döllinger, que es el principal campeón, y el más ardiente apóstol de esa secta, que no es un cisma importante, ni una herejía seria, ni

siquiera, y menos todavía que otra cosa, una doctrina lógica y racional; una princesa, repetimos, que, respirando, en cierto modo, esa atmósfera, y rodeada de la influencia de Bismark, se convierte al Catolicismo, tiene, por más que otra cosa pretendan los diáneos revolucionarios, una verdadera importancia. Cierto es, y no tenemos por qué negarlo, pues gustamos siempre de reconocer la verdad, aunque nos sea desfavorable, que la reina de Baviera no tiene influencia alguna en la política, y que, bajo este punto de vista, su conversión es un acto, poco menos que indiferente; mas, ¿qué importa? ¿Será menos grande, por eso, la victoria moral que este hecho revela? No, seguramente, y aun cuando solo fuera por el ejemplo dado á esas infelices poblaciones rurales de Baviera, tan fieles á la religión de sus padres, y á quienes diariamente se está infiltrando, con diabólica astucia, germen de desconfianza; á quienes se asegura, una y otra vez, que los católicos, amigos del Papa, es decir, hablando en puridad, los católicos, son los enemigos del Estado y de la patria alemana; aunque no sea más que por lo que les consuela y consolida en sus creencias, siempre sería la conversión, de que hablamos, un grandísimo bien para la Iglesia.

La historia de esta conversión es sencilla, pero elocuente. Pertenecía la reina de Baviera á la parte más ardiente del luteranismo, y su alma, sinceramente cristiana, venía, hace tiempo, alarmándose del trabajo de descomposicion, que las teorías racionalistas introducían en su Iglesia, reduciendo el Evangelio á un simple tratado de moral.

Por otra parte, su grandísima caridad, esa caridad proverbial en Alemania, desde los tristes días de la guerra de 1866, en que tan varonil y tan llena de abnegación hacia los heridos y los enfermos se había mostrada, ganándose una popularidad, que no hizo sino crecer en el terrible invierno de sangre y nieve, que auxilló al Angel de la desolación, de la guerra franco-prusiana; esa caridad, no se satisfacía con solo hacer el bien material; y comprendería, como inevitablemente tiene que comprender toda caridad sincera y grande, que es incompleta, si no es, además, y por cima de un consuelo material, un auxilio moral. Estos dos hermosos sentimientos, la piedad y el amor al prójimo, empujaban más y más á la reina

hacia el Catolicismo, única doctrina en que el ánsia de purificarse, que la inspiraban sus virtudes, encontraba su asiento y su satisfacción.

Por fin, el día 12 de Octubre último, día de Nuestra Santísima Virgen del Pilar, se verificó la tierna ceremonia, por la que esta augusta princesa ha abrazado la Religión verdadera. Verificóse esta ceremonia en la parroquia Waltenhofen, á que pertenece el sitio real de Hohenschwangau, con el mayor recogimiento y la asistencia de muy pocas personas, entre ellas, el príncipe Oton de Baviera. El obispo de Spira tuvo la dicha de recitar la abjuración de la reina.

Ahora bien; decimos de nuevo, volviendo á nuestras primeras reflexiones: esta conversión, unida á otras, que se anuncian en Alemania, algunas, tan significativas como la de la hija única del príncipe de Bismark, suceso, que si se verifica, ha de tener inmenso eco en la cristiandad, y un grande torcedor para el corazón del canceller alemán, y para los infinitos determinismos, que, en confuso tropel, se agitan detrás, y todo lo esperan de la omnipotencia prusiana, representada por su absorvente primer ministro; si se confirma, asimismo, la de otro célebre escritor protestante, unida á la del Jefe de la Iglesia luterana en Baviera, M. Haasees; á la del distinguido historiador Onno Kloop, hace poco realizada; y á las no menos significativas de lord Bute, del marqués Ripon, de lady Victoria Kirwan, de lady William Russell, y muchos otros en la Gran Bretaña, ¿no son tan venturosos y repetidos sucesos, fundamento sobrado, para que nuestro corazón se ensanche y entonemos agradecidos al Todopoderoso, un alegre *Hosanna!*

¡Ah! sí; la Iglesia está pasando por un tristicísimo periodo, y todos los días derrama abundantes lágrimas, arrancadas por la multitud de sus hijos predilectos. ¡Inchreible parece! Sin embargo, nada es más cierto, que lo que nos decía un racionalista escandinavo, á quien, hace pocos años, conocimos en París. Es original lo que pasa en la raza latina, exclamaba; distínguese, á pesar de su viveza y perspicacia intelectual, por ser la más ingrata de todas las nacionalidades del género humano. á la par, que más se

caracteriza por lo mal que conoce sus intereses. Nadie da tantos disgustos al Papa como Italia, y todo se lo debe; todo, incluso el sentimiento de nacionalidad, que hubiera perdido, si los Papas no hubieran salido de Avignon; hoy mismo, el mayor peligro para aquella península, sería que Pio IX la abandonase, y hacen cuanto pueden para conseguirlo. España, cuya historia, y cuya vida es el Catolicismo, sin el cual sería todavía una dependencia del Gran-Turco, lanza todos los días al gran mundo, desde lo alto de un Parlamento, heregias y enormidades de tal índole, que nos escandalizan á nosotros los racionalistas (esta conversacion pasaba á fines de 1869), y en su país de usted, acabarán por trastornarlo todo. Los esclavos no somos tan insensatos; contemple usted la fidelidad de los polacos á su religion, y compare usted, no obstante, lo que deben al Pontificado, comparados con los italianos y españoles. Así hablaba este extranjero; y lo peor es, que tenía razon. Sucederá, asimismo, lo que despues añadía, diciendo, que así como el Catolicismo se reconcentró en el Mediodía el siglo XVI, subirá ahora al Norte, y que Inglaterra, los Estados-Unidos y la Alemania misma, serán los Estados católicos del porvenir. No es un desatino conjeturarse así, de lo que en ellos viene observándose, desde hace algun tiempo, y de que no son el menor testimonio las conversiones que hemos citado; mas no es preciso deducir, por eso, que en los pueblos latinos, la verdad se oscurece; todo al contrario; á pesar de la osadía del error, y de su fuerza en el Gobierno de las naciones de nuestra raza, el Catolicismo adquiere tambien en ellos nueva vida y vigor, y no está lejano el día, en que su renacimiento y progreso sean tan evidentes, que tengan los mismos racionalistas que confesar, que por todas partes, en el Norte, como en el Mediodía, en la raza alemana, como en la latina, se levanta poderoso é incontrastable el vivificante sol de la verdad religiosa, que no puede ser otra, según los mismos racionalistas, sino la verdad católica.

(España Católica, 26 de Octubre 1874.)

## LA MASONERÍA.

### Á LA CIVILTÁ CATTOLICA.

Ilustres Maestros y amigos míos:

Os habeis dignado concederme la autorización mas amplia, para empeñar una polémica con vosotros, acerca de la cuestion de la Masoneria: aun más; me habeis dicho, que nunca jamás será suficientemente dilucidada esta cuestion, y que es de desear que todo el mundo se ocupe de ella.

Reverendos padres míos; me apresuro á anunciaros, que yo no acepto la primera parte de vuestra benevola proposicion. Repetidas veces he dicho, el *Journal de Florence* no se ha fundado para luchar con sus hermanos de armas; por consiguiente, mucho menos pudiera yo empeñarme, hoy, en una lucha contra mis maestros en Israel.

La *Civiltá Cattolica* ha sido uno de los mas poderosos instrumentos de la Providencia para conservar la fe en Italia. De perfecio acuerdo en orden á las ideas con la Santa Sede, al mismo tiempo que penetraba en la casa parroquial de la aldea, y en el salon de la ciudad, difundía las enseñanzas de la Iglesia, aplicándolas á las necesidades de la actualidad. Si algo queda en pie todavía en nuestro país, del edificio social cristiano, tan devastado por la revolucion, lo debemos á vuestro valor, á vuestra caridad, al inmenso talento que habeis empleado en el servicio de la causa de la Verdad. Un católico no cruza el hierro con vosotros, mis venerados Padres; por el contrario, debe considerarse por muy dichoso, de que le sea permitido deponer un beso respetuoso en la mano que lo esgrime.

Empero, acepto con gusto la segunda parte: nada omitire para que participéis de las convicciones profundas que me he formado con laboriosos y dificultosos estudios, no solo acerca del origen y del objeto final de la secta, si que tambien acerca de los medios de accion, que emplea en nuestros días para conseguir, que cooperen á sus designios multitud de alucinados.

En realidad, disientos profundamente acerca de los puntos citados; y vuestras disensiones cuentan con larga fecha, supuesto que ya en 1872, cuando dedicasteis un extenso artículo á mi *Storia della setta anticristiana*, el redactor encargado de este trabajo, lo aprovechó para hacer la apología del *Ensayo crítico sobre la Masoneria*, publicado por vosotros mismos; y se esforzó, entónces, en demostrar, que todo cuanto no cuadraba con ese *Ensayo crítico*, debía ser desechado. De las pruebas y argumentos que yo había producido en apoyo de mi tesis, vuestro colaborador no tuvo á bien ocuparse, ni de las unas, ni de los otros.

Por consiguiente, yo debí, naturalmente, continuar abrigando la conviccion, de que yo estaba en la verdad, y que vosotros estabais en el error, sobre este punto especial de la Masoneria. Además, para declararos con ingenuidad todo mi pensamiento, este dissentimiento no me ha sorprendido, porqué recuerdo la advertencia de Brognoli, cuando dice: que el gran enemigo del género humano, trata siempre de introducir la discordia en el campo del Señor. (*Manuale Exorcistarum.*)